

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

COLECCION DE FOLKLORE

CAPITAL FEDERAL

22

Maestro AMELIA OSILIO

Escuela N° 1 -C.E.7

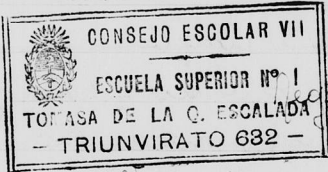
Fojas 2

OBSERVACIONES

28 cap 4

Escuela Federal

Escuela Tomasa de la Quintana de Escalada S. P. 1967
Nombre del maestro que la remite Amelia Lilia
Nombre de la persona que la narró. Julia Correa de Guebert
Edad de esta persona 75 años



Reminiscencias negros de antaño

Van desapareciendo los negros africanos que en América eran numerosos: actualmente existen pocos puros y van fusionándose con la raza blanca pasando por las gradaciones del mulato al mestizo rubio: las cabezas de ébano lustrosas, revestidas de vellón lanudo; los ojos y dientes níveos realzados por el marco oscuro y los gruesos labios de coral pasarán en breve a la leyenda.

Ocupaban los negros en el hogar un señalado lugar, en calidad de personal doméstico: las mozas, cocineras y mucamas se consideraban como formando parte de las familias en que servían, ya por haber sido sus esclavas o bien por descender de ellas: permanecían fieles a sus amos, sirviéndoles con agrado y cariño hasta el final de su existencia.

En cuanto a los negros constituían en primer grado la carne de cuartel existiendo batallones formados puramente de ellos tales como los que combatieron gloriosamente en Caseros y Paraguay siendo renovado su cuadro varias veces en razón de quedar diezmado; constituían soldados modelos, súbditos abnegados, fieles y valientes.

Desempeñaban funciones humildes, también oficios rudimentarios tales como blanqueadores, vendedores de escobas y plumeros y reemplazaban nuestras modernas escacas por medio de seis típicos barriles cargados sobre hercúleos hombros lo que les valía el pintoresco mote de "vacías tigrés".

Por venir callejera de los menpores viejos constituían su especialidad y atención a los transeúntes con sus pregones de: Mazamorra con leche! Pastelitos calientes, que queman los dientes! acrobacias los niños y con boca descomunal adormada de una sonrisa les dirigían el sonsonete.

"Llorá venito llorá

Que así tu mamá te va a compla"

Era de ver como seguían el consejo los chicos, hordiendo a sus acompañantes para que adquirieran los sabrosos pasteles de carne o natella, envueltos en servilletas blanquitas y preparados con el mayor aseo y profinidad por la mujer y las hijas del vendedor.

En cuanto a los muchachos de ambos sexos ayudaban a los quehaceres del hogar, recibiendo en sus solidos cráneos fuertes escoriaciones en recompensa de las travessuras propias de su edad; llegaban a tomar tanta afición a las correcciones que uno de ellos cansado de una larga tregua exclamaba: "Amita, el cuerpo me pide sobita".

La especialidad de los negros viejos consistía en vender yerbas medicinales tales como la gramilla, Fozzapobilla etc; agregando a su comercio, consejo para curar enfermedades así como inocentes maléficos por ejemplo esbozar bajo la almohada del que se deseaba perjudicar, una cabeza de murciélago, etc.

No es posible pasar por alto sus más característica fiesta anual, ambledra por la totalidad y que reclamaba preparación y ensayos minuciosos: "El candombe".

En varias casas de la ciudad se reunían los negros y ya en una sala, ya en el patio, formaban cuadros de danzantes.

El rey del candombe muchas veces legítimo por haberlo sido de una tribu africana, gravemente vestido, presidía la ceremonia y recibía los agasajos de sus súbditos; a una señal del monarca, rompía una orquesta bárbara

con disonantes sonidos producidos por estos tambores golpeados sus parches con las manos y por otros instrumentos primitivos formados con huesos, chapas metálicas etc, dando por resultado un concierto ensordecedor.

Salía una pareja y empezaba el baile dentro de un círculo formado por el coro y eran de ver las contorsiones de los danzantes que desarrollaban una gimnasia especial acompañandola de un canto monótono coreado por el círculo: luego la reemplazaba otra pareja y otra más y a veces tomaba parte el coro en la danza describiendo una farándula infernal, ejecutada entre gritos y cantos salvajes excitados por el ruido de los "tambores" y cascabeles que los hacían parecerse a demonios enloquecidos.

Los bailes reproducían escenas de guerra, de caza, y de amor y su mímica era exactamente la que observaban en sus tribus: faltaban únicamente las palmeras para formarse la ilusión de estar presenciando un baile en las tórridas tierras africanas.

Los movimientos frenéticos de los negros podían luchar ventajosamente con la agilidad de los más flexibles simios con motivo de ese ejercicio ridículo despegar la piel (de los danzantes su característico olor de "catunga" que inundaba la atmósfera saturándola de un vapor nauseabundo. Repelidos por el hedor se eclipsaban los curiosos, y eran reemplazados por otros que después de permanecer algún tiempo, desaparecían dejando lugar a que se renovara continuamente los expectadores, quienes al salir dejaban su óbolo en una bandeja para cubrir los gastos ocasionados por el "cambombe".

Muy lejos están los tiempos en que los negros sencillos buenos y felices a sus amos formaban parte del hogar: hoy los escasos que quedan, están desnaturalizados y forman parte del elemento compadron y bohemio; salvo el caso que vistan a lo dandy si son hombres y al "dormir en" si son mujeres, resultando una caricatura del negro de

vestidos, sencillos y breves, transplentados de las sedas
griegas a los campos y pueblos Sud Americanos

Amelia Osorio